

CAPITULO II.

Nueve poetas, de ellos Alarcon, representando las nueve Musas, cantan "Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete."—El poeta sevillano Luis de Belmonte Bermúdez, y dos de sus famosas comedias.—La más célebre academia de la corte.

1622

Cuando empuñó el cetro Felipe IV, la astucia del Conde de Olivares aparentó desdeñar la privanza, pavoneándose con repetir los versos, ya famosos, del indiano poeta:

Qué ser privado es ventura;
No quererlo ser, valor.

Pero en D. Gaspar, semejante valor era maña para ganar tiempo, alejar de sí la nota de persecuciones tan fieras como atizaba, y que otro, que no él, cargase con el odio; allanándole y desembarazándole el camino, y dejándole, hecho esto, el disfrutar únicamente las dulzuras

del poder. Buscó dentro de su propia casa el precursor y valido interino; disponiendo que el despacho de los negocios recayera en su tío D. Baltasar de Zúñiga: el cual vió entrar por sus puertas la que se decia buena dicha, esto es, la omnimoda confianza del Principe y la gobernacion de España; pero al intentar que no fuera prestado, sino propio, el valimiento con el Monarca, y deshacerse del sobrino, fué arrebatado á la vida con enfermedad tan diligente, que visitarle enfermo y acompañarle difunto se hizo con unos mismos pasos. (453)

En aquel medio tiempo en que Olivares disfrazaba su poder absoluto, crecieron en esperanzas y distinciones várias casas no emparentadas con la de Sandoval, ó de ella desfavorecidas. Tal las de Alarcon y Mendoza, cuyos más autorizados representantes alcanzaron graves cargos en la administracion pública, y ocupacion al lado de las personas reales.

Uno de los timbres de que más se vanagloriaba esta familia, eran los grandes hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete, el venturoso en hazañas; el que, mancebo, se halló en las jornadas de Córcega, en la toma de San Florencio, San Bonifacio y la Bastida; en la rota de Pedro Strozzi, junto á Sena; y el que á los veinte y cinco años de edad,

en el de 1560, capitán general de Chile, domó á los araucanos en siete batallas campales. Su hijo, Don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, quinto Marqués de Cañete en 1609, montero mayor de Felipe III y gentilhombre de la cámara del rey Don Felipe IV, no pudo nunca apartar de sí la pesadilla de que en un poema tan famoso como *La Araucana*, destinado á cantar aquella lucha de titanes, el gran D. Alonso de Erzilla se hubiera casi olvidado del adalid que llevó nuestras huestes á la victoria, haciendo de la relacion un cuerpo sin alma. Así es que no perdió coyuntura ninguna Don Juan Andrés de volver por la gloria de su padre. Y efectivamente, omision de tamaño bulto no podia haberse cometido por descuido é ignorancia del épico, testigo presencial de los hechos, sino, en verdad, con deliberado propósito. Parece que en las fiestas del estafermo, uno de tantos regocijos con que celebró D. Garcia la noticia de la coronacion del rey D. Felipe II, el Prudente, hubo diferencia entre D. Juan de Pineda y D. Alonso de Erzilla sobre quién habia herido en mejor lugar; pasando tan adelante, que metieron mano á los aceros. Desnudáronse otros muchos; y como se supiera que los dos aparentes émulos, de comun acuerdo y engañosamente, habian suscitado el conflicto, resueltos á pro-

mover un motin, el Marqués de Cañete los mandó degollar; si bien revocó la terrible sentencia cuando, serenado el tumulto y hechas las convenientes averiguaciones, resultó haber sido caso imprevisto el hecho. Erzilla no pudo olvidar nunca el rigor con que se le habia tratado; y conservó siempre, además, grande resentimiento contra Francisco de Hortigosa, hombre de bajos principios y secretario del Marqués, por suponer que anteponia flojamente su persona en las más apretadas ocasiones. (454)

En 1613, cuatro años despues de muerto el domador de Arauco, deseando su hijo restaurar la memoria del capitán ilustre, lo fió, con eleccion muy acertada, á la pluma del maldiciente pero elegantísimo Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, que compuso el libro de los *Hechos de D. Garcia Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*, y lo dedicó al gran favorito del rey Felipe III.

Muerto el piadoso Principe, y sucediéndole su hijo, con desatinada aficion á las musas del teatro, juzgó D. Juan Andrés que en la escena se debia tambien presentar con toda su grandeza la figura del noble D. Garcia; y encomendó la tarea de disponer una comedia en su elogio al poeta Luis de Belmonte Bermúdez, que le habia conocido y debido atenciones, siendo virey del

Perú en el año de 1605. Belmonte, para dar mayor importancia y realce á la ofrenda, llamó á la parte del trabajo y de la gloria algunas personas á quienes estimaba por amigos y muy sutiles ingenios. Reuniéronse nueve colaboradores, sin duda, como observa con su habitual penetracion el Sr. Hartzbusch, para representar las nueve Musas; y tomando por guía el libro del doctor maldiciente, forjaron la comedia intitulada *Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*, dedicándola á su hijo y sucesor el gentilhombre de la cámara de S. M. Representóse con extraordinario aparato, riqueza de trajes y admirables perspectivas, el año de 1622; y se imprimió lujosamente, aderezándola con dedicatoria y prólogo al lector, y con los nombres de los poetas y expresion de la parte de trabajo que á cada cual habia correspondido. (455)

Fueron éstos: D. Antonio Mira de Amescua; el conde del Basto (D. Francisco de Tapia y Leiva, nieto del famoso capitán D. Antonio de Leiva, primer príncipe de Asculi, Marqués de Atela y Conde de Monza); Luis de Belmonte Bermudez; D. JUAN RUIZ DE ALARCON; Luis Vélez de Guevara; D. Fernando de Lodeña; D. Jacinto de Herrera; Don Diego de Villégas, y Don Guillen de Castro. Y con referencia á sus ocho compañeros

dijo en la dedicatoria el caporal Belmonte, que «los pinceles fueron sutiles, por ser los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la invidia.» La dedicatoria se debió de oír por todos ellos; pero que todos consintieran en un elogio tan en perjuicio de soberanos ingenios como Lope y Tirso, parece duro de creer, á no formar estos nueve, por aquellos días, un disidente grupo, gustoso de campar por sus respetos. Y algo debia de haber (como diré antes de concluir el presente capítulo), cuando, ó existia ya sobre el mismo asunto, y con el título de *Arauco domado*, otra comedia de Lope de Vega; ó éste se puso entónces á escribirla á vuela-pluma, dedicándola tambien al quinto Marqués de Cañete, é introduciendo en la fábula, quizá con su intencion, y para desempeñar un papel insignificante, á D. Alonso de Erzilla, en tanto que ni siquiera se le nombra en el poema iniciado por Belmonte. Ambas comedias tienen mucho parecido, puesto que el asunto es histórico, y todos los poetas hubieron de inspirarse en el precioso libro de Cristóbal Suarez de Figueroa. De él, sin duda, tomaron el Conde del Basto y Luis de Belmonte, al pié de la letra, la genealogía y la historia militar de D. García, convirtiendo la galana y bella prosa, aquel en estancias, y éste en romance octosilabo. (456)

Antigua era la amistad de ALARCON y Belmonte Bermúdez, como nacida en los teatros de México, donde ya se dijo cuánto aplauso arrancaban las comedias chistosas y epigramáticas de este ingenio sevillano. Habia pasado su juventud peregrinando por la mar; estuvo en Nueva España el año de 1604; al siguiente obtenia en Lima grandes alabanzas de lucidísimo poeta; y en el de 1610, segunda vez en México, sacaba á luz su poema de *San Ignacio*. Dejó el Nuevo Mundo y volvió á Sevilla en 1615, y compuso *El Cisne del Jordan* y doce novelas, sujeto á la pauta que ofrecen las de Miguel de Cervantes. Por entónces hubo de fantasear *El Momo de nuestros tiempos*, enfadado de comedias, por parecer bien las de todo punto desatinadas. Imprimió en su patria *La Aurora de Cristo*, año de 1616, y la *Fiesta de la Concepcion*; dedicando poco despues á D. Juan de Arguijo el poema de *La Hispánica*, que le ocupó diez años, habiendo empleado quince, desde que fué á México la vez primera, en escribir (dice un autor contemporáneo) «más obras que otro alguno.» Con el cambio político de 1618 vino á Madrid, concurrió á la *Justa poética* de San Isidro, y obtuvo premio en 1620. (457)

Su comedia de *El Mayor contrario amigo*, y *Diablo predicador* (que aun hoy mismo atrae

concurrancia á los teatros) se estrenó en la corte á principios de 1623, con tanto aplauso, que los reyes quisieron que la compañía de Manuel Alvarez de Vallejo se la representase en el regio alcázar, como lo hizo, el domingo de Carnaval, 26 de Febrero. (458)

Por aquellos dias el actor Juan Gerónimo Valenciano le hacia aplaudir otra suya en el Principe, con título de *El Afanador de Utrera*, personaje histórico, natural de esta villa andaluza, que, juntamente con su paisano Miguel de Silva, tuvo fama en España é Indias, en Italia y Africa, en Alemania y Flándes, adonde quiera que llegaron nuestros soldados ó mercaderes; porque en los malos versos de dos ó tres romances germanescos y de la valentona, Silva y Afanador se hicieron celebrar y conocer en el mundo como Oliveros y Roldan, como Reinaldos y el Marqués de Mantua. Si; que no solo hacen famosos á los hombres las historias verdaderas, sino tambien las fábulas, cantarcillos y romances. No me quiero ir á la mano en dar aquí noticia de Bartolomé Afanador, por ser completamente nueva y desconocida hasta ahora. (459)

Nació en Utrera á mitad del siglo XVI, de padres y generacion antigua, cristianos viejos. Fué pequeño de cuerpo, sobremanera fornido, naturalmente quieto y pacífico; pero ni conoció

el miedo, ni nada pudo arredrarle. Jamas riñó con otro, sino desafiado ó agraviado de obra ó de palabra. Muy pobre, sustentóse de hacer carbon y de otros oficios del campo. De aquí el no ser nada soberbio ni borrascoso, ni tampoco de viles costumbres; guardando siempre, segun su estado, un mismo tenor de vida. Usábase mucho en este tiempo el abominable trato de rufianes y tomajones, valientes en la plaza, verbeneando en ellos los lugares de Andalucía; y cosa de admirar verlos cómo se buscaban los unos á los otros para solo reñir y matarse. Nadie jamas tan buscado ni provocado como Afanador. Excusaba con buenas palabras reñir; pero no aprovechando, echaba mano á su espada que siempre traía en un tahali atravesado en el hombro), y con un broquel pequeño se afirmaba con su contrario. Y era tan diestro y estaba tan sobre sí, que acometido, divertía con la espada al agresor hasta que, entrando sobre él, le daba con el broquel tan gran golpe en la cara, que lo tendía luego en tierra, aturdido y rendido, para poderlo matar. Siempre usó de esta treta peleando con solo un contrario; pero se valió de artes muy ingeniosas cuando le acosaban juntos muchos hombres con espadas y dagas, dardos y piedras. Le conoció y trató el insigne licenciado Rodrigo Caro, y en una nota á su au-

tógrafo *Memorial de Utrera*, consagróle un recuerdo, como testigo de muchas de sus hazañas. Allí dice haber visto por sus ojos traer del campo hacinadas las armas de dos muertos y cuatro heridos, de que obtuvo Afanador señalada victoria. (460)

Las nueve dramáticas musas que en 1622 cantaron hazañas del cuarto marqués de Cañete, eran jamonas, y todas de más de cuarenta años para arriba; mal avenidas con que las polluelas de la nueva cría, pizpiretas, desenvueltas y revolvedoras, quisieran arrinconarlas. Fijos, pues, los ojos en el alcázar regio, adonde el Parnaso acababa de trasladar sus fuentes y cumbres, protestaron aquellas tan juiciosas damas (por la ejercitada pluma de Luis de Belmonte, famosa en España é Indias desde principios del siglo), afirmando la dedicatoria hecha al hijo del domador de Arauco, gentilhombre de cámara de S. M., ser los nueve ingenios de la comedia los que gozaban en los confines españoles «mejor lugar á despecho de la invidia.»

Esta señora supo labrarse un palacio con nombre de *Academia Madridense*, la cual se dió á sí propia el título de «la más célebre que tuvo Madrid,» y dijo la verdad. Con efecto, de humildes y borrascosos principios, creada por unos cuantos poetas, mozos y no de buenas costum-